



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El proceso iberoamericano del siglo XX

Autor: Rubio Cordón, José Luis

Forma sugerida de citar: Rubio, J. L. (2000). El proceso iberoamericano del siglo XX. *Cuadernos Americanos*, 1(79), 84-104.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 79, (enero-febrero de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

El proceso iberoamericano del siglo xx

Por José Luis RUBIO CORDÓN
Universidad Complutense de Madrid

V OY A HABLAR HOY de nuestro siglo xx —a cuyo fin asistimos— en Iberoamérica. Y, como el tema es desmesuradamente amplio, me tomo la libertad de ampliarlo aún más, y a partir de una referencia previa a su significado general, para después centrarme en el mundo iberoamericano.

I

Todos los siglos han sido agitados y convulsos. Pero a nosotros, por la cercanía y porque nuestras vidas han transcurrido en él se nos antoja este siglo xx como más agitado que ninguno.

Estimo —muy discutiblemente, por supuesto— que este siglo empezó siendo mesiánico, desmesurado, y acaba siendo más modesto y posibilista en sus aspiraciones, pero tal vez por ello más sólido en sus promesas. Un siglo que comenzó con sueños utópicos, brotados en el siglo xix, y que se pretendió realizar impacientemente, a sangre y fuego, pero que termina con sueños y utopías más realizables y que no precisan ni de esa sangre ni de ese fuego.

Se pretendió en muchas partes el sacrificio de una generación para edificar el definitivo Paraíso en la tierra. Naturalmente, ya antes, la misma Revolución Francesa había pretendido alcanzar el reino de la felicidad para todos, pero a través de un pueblo puesto espontáneamente en marcha, que empezaba destruyendo a la pequeña minoría dominante. Ahora, en nuestro siglo, son minorías de profesionales de la Revolución las que asumirán el papel de protagonistas, prohibida toda espontaneidad. Y son esas minorías las que tratarán de movilizar a su alrededor y bajo su control —constituyéndose en verdaderas columnas vertebrales— a la población entera, y con una disciplina férrea —“rayana en lo militar”, insiste Lenin— imponer un proyecto de sociedad perfectamente preestablecido.

La *minoría redentora*: éste es el signo de una gran parte del esfuerzo de nuestro siglo, por largo tiempo tan poco democrático. Aunque, curiosamente, cuando el siglo va terminando, y en la me-

da en que va concluyendo, por todas partes se va despertando de los sueños y se va renunciando a los paraísos. Un terrible cansancio nos muestra cómo el paraíso con el que realmente podemos contar —paraíso modesto y lleno de imperfecciones— es la vida democrática en libertad y con un mínimo de necesidades cubiertas.

Cuando el siglo comienza, en sus primeras décadas, la gravedad de los problemas sociales y nacionales es tan grande, y se ha alcanzado tal conciencia de ellos, que nadie estima que su solución pueda llegar a través de las pacíficas vías democráticas. Se piensa que, para que un voto sea verdaderamente libre, tiene que haber un votante que haya comido y un país no sojuzgado. Un mínimo vital de todos y cierto grado de libertad colectiva son condiciones necesarias para un mínimo democrático del conjunto.

Con la Revolución Rusa se van a poner en marcha los nuevos métodos de acción política salvadora. Se habla del leninismo con mucha frecuencia como de una quiebra en el intocable pensamiento de Marx. Pero a mí me parece que el leninismo —como el estalinismo y el gulag— están ya en gran medida contenidos en Marx.

Cuando Marx y Engels conciben el socialismo como una ciencia, rompen con el socialismo utópico y lanzan el llamado socialismo científico, están afirmando necesariamente que el socialismo no tiene nada que ver con la democracia que, como toda ciencia, debe quedar en manos de la minoría de los sabios. Estos sabios, que componen el Partido jerárquicamente organizado, deben imponer su verdad a todos los demás, por numerosos que éstos sean, porque esa verdad no depende del número de adeptos, no es cuestión de votos. La obligación del sabio, del Partido, es eliminar el error.

El Partido de los sabios en Ciencia socialista debe crear un Estado afincado en su verdad propia, y desde el Estado convertirla en verdad de todos. La verdad debe imponerse por la fuerza. Pero no sólo eso: debe calar en toda la sociedad. La sociedad entera, en sus diferentes sectores —obreros, campesinos, mujeres, jóvenes, intelectuales, artistas, escritores, militares— debe impregnarse de esa verdad, respirarla y vivirla. No se trata de que se sometan y obedezcan: se trata de que se integren. Y de que, entre todos, persigan, aplasten, destruyan todo asomo de error.

Esto nace en nuestro tiempo, o rebrota en nuestro tiempo. A partir de Lenin, anclado en Marx. Y, naturalmente, como continuidad de toda una corriente política que ya se expresaba en la idea platónica del gobierno de los mejores, de los sabios.

Lenin crea el nuevo modelo de Estado totalitario. Ya sabemos que la dictadura del proletariado se vuelve contra el proletario. Ya sabemos que aniquila la iniciativa campesina y que destruye tanto a los anarquistas como a los liberales. Lo que sabemos mucho menos, y casi nadie se ocupa de ello, es su aniquilación de la libertad intelectual, es su persecución contra todo pensamiento que no fuera fiel a Marx y a la versión oficial de Marx: confinamientos, exilios, muertes. Valientemente lo recordaba la revista *Coatepec*, de la Universidad de Toluca, el año pasado. En 1922, Lenin y Trotsky ordenaron expulsar a los científicos no marxistas. Bajo pena de muerte les prohibieron regresar en diez años. Berdiaev lo recordaba: “Me hicieron firmar un documento en el cual se señalaba que si me encontraba de nuevo en el territorio de la URSS sería fusilado”.

Comienza a suceder en 1917, inmersos en la guerra europea. En 1919 se crea la Tercera Internacional. Y al año siguiente se imponen a la misma las “21 condiciones” de Lenin, uno de los mayores monumentos a la intolerancia escrito en nuestro siglo.

Pero el modelo no se reduce a la URSS. El modelo, tan sugestivamente eficaz, es asimilado en todas partes. Triunfa en unas y en otras no, pero adquiere vigencia universal. Es un modelo que ahora suele llamarse fascista, pero que tiene en el comunismo soviético su raíz y en Lenin su genio creador.

El modelo es lo que vengo llamando, por reflejo orteguiano, *vertebrador*. Con los movimientos vertebradores no se trata de que, en la forma tradicional, un grupo reducido conquiste el poder y desde el poder imponga su voluntad a la sociedad entera. Se trata ahora de que la minoría mesiánica se erija, conquistando el poder, en columna vertebral a cuyo alrededor se movilice toda la sociedad, sin ángulos muertos, para realizar el proyecto de Humanidad nueva —y de hombre nuevo, por supuesto. No cabe la indiferencia: niños, jóvenes, ancianos, artistas, científicos, obreros, catedráticos, soldados, campesinos, todos han de recubrir de carne palpitante y entusiasta a la columna vertebral que pone en pie, verticalmente, al país entero. Y a la humanidad entera como aspiración máxima.

Naturalmente, los objetivos pueden ser distintos, van a ser distintos, y hasta radicalmente enfrentados —revolución social, salvación nacional, predominio de una raza— pero siempre el modelo de organización es el mismo.

¡Cuánto increíble esfuerzo, cuánto desmedido sacrificio, cuánta entrega generosa y entusiasta se ponen en marcha, envolviendo

frecuentemente las mayores vilezas en nombre de la causa, las mayores crueldades y felonías! El fin justifica todos los medios. A la causa deben sacrificarse el último asomo de ética, el amor, la amistad. Porque, en definitiva, lo ético es lo que sirve a la causa. Todo está permitido para alcanzar el paraíso.

Seguramente seré echado a la hoguera de la nueva Inquisición, que en nuestro siglo —y no digamos hasta qué punto en los medios intelectuales y universitarios— ha ejercido y sigue en gran medida ejerciendo, el Santo Tribunal de la Ciencia Marxista; pero aún así me atrevo a afirmar que eso que ahora se denomina reiteradamente fascismo, ese sistema totalitario de organización política y social, independientemente de los objetivos que persiga —clase, nación o raza—, es un invento de la Revolución Rusa, liderada por Lenin, buen discípulo del socialismo científico: una minoría bien preparada y mejor disciplinada —partido como vanguardia o como minoría selecta— ocupa el Estado, y desde el Estado hace su revolución, destruyendo desde el principio todo lo que se le oponga o pueda oponérsele, cualquier mínimo atisbo de alternativa o simplemente de neutralidad. Toda la sociedad es organizada y mentalizada, a través de los diversos movimientos sectoriales, por el Partido Único.

Se trata de algo aparentemente tan elemental y lógico como que el poder resida en los buenos y se aparte de él definitivamente a los malos. Y, de paso, sean sólo los buenos los que determinen dónde está el Bien y en dónde reside el Mal. Libertad, por supuesto, pero sólo para el Bien y la Verdad. Y el Partido, que finalmente se reduce a uno solo, el Número Uno, determinando que sea el uno y la otra. El consabido: “Libertad, sí, pero sólo dentro de la Revolución”.

Y, es curioso, gentes alejadas totalmente en principio de toda inclinación hacia formas dictatoriales, en estos tiempos de comienzo de siglo —sobre todo después de la guerra europea y en los años veinte— se deslizan hacia posiciones teóricas que en la práctica no pueden ser llevadas a concreción en formas democráticas. ¿A dónde puede conducir políticamente la doctrina de Ortega de que la rectoría debe recaer en los mejores —los *egregios*— y que el resto debe aceptar mansamente esta rectoría? ¿Cómo se lleva políticamente a la práctica, o se dibuja en una Constitución, el que “la ejemplaridad de unos pocos se articula en la docilidad de otros muchos”, como dice Ortega? ¿Cómo se concreta en el mundo actual, sobre los ciudadanos actuales, este imposible?

¿No se sigue, necesariamente, que algunos digan que son esa minoría superior y traten de imponerse por el ejercicio de la fuerza? ¿Por dónde camina, igualmente, la línea de un Madariaga, receloso del voto igual para todos?

Lo que se piensa, realmente, es que los mejores no han de ceder el poder a los demás por el simple hecho de que éstos sean la mayoría. Se parte de la negación, confesada o no, de la democracia. Y sólo la dictadura es alternativa a la democracia. Cuando se insinúa el *gobierno de los mejores* se anuncia, de hecho, el *gobierno de los más fuertes*.

Decir esto, y citar estos nombres, también me puede llevar a otra condena, esta vez por un extraño liberalismo convertido en Iglesia cerrada, que tanto se da entre nosotros. Pues tal vez lo peor de nuestra herencia inquisitorial es el talante inquisidor que ha dejado a los españoles, empezando por los que se autoproclaman antiinquisitoriales. El caso es que, en España, las generaciones que se van a enfrentar en lucha fratricida en nuestra Guerra Civil no tenían fe en la democracia como sistema para solucionar nuestros problemas. Alimentados por el marxismo o el orteguismo, y otros por el bakuninismo, optaron cada lado por un modelo de dictadura purificadora y salvífica.

La minoría fue la palabra mágica de este tiempo. Ortega escribe *España invertebrada*. Se funda el Partido Comunista Español (PCE). Y, lo que es más contradictorio, se funda la FAI anarquista. También nace el Opus Dei. Y se crean las primeras nucleaciones prefascistas. “A la minoría siempre”, había dicho Juan Ramón Jiménez. La “Formación de selectos”, predicaba el P. Ayala. Se llame vanguardia, minoría selecta, egregios, siempre la palabra clave del tiempo es *minoría*. Y esa palabra es acompañada indefectiblemente por la idea de servicio. ¿Quién diría que al cabo de los años, tras tantos esfuerzos, muchas veces heroicos, al final del siglo estas palabras van a ser sustituidas por las de *masa* y *goce*?

Los arranques mesiánicos del siglo fracasan. Pero también sus efectos producen sensibles avances. Tanto dolor vivido nos ha llevado al agotamiento, a la necesidad de sosiego, a decir ¡basta!, ¡no más sacrificios infinitos!, ¡no más pueblos enteros en tensión frenética para alcanzar lo que a la postre no se alcanza!, ¡no más la Revolución como un tiempo precipitado donde la sangre y el sufrimiento son la primera necesidad! Más vale, nos decimos —y aquí el éxito visible por línea de rebote—, la revolución como un objetivo de cambio a mejor conseguido día a día, sin traumas

dramáticos y con paciencia diligente. Diríamos: la revolución tranquila.

La conciencia de esta progresión pacífica es la gran conquista de nuestro final de siglo. Estamos convencidos de que los errores y los males nos rodean, pero no creemos en las promesas de salvadores que nos inviten a un sacrificio supremo para acabar en un instante grandioso con todos ellos. Cuando hace un año contemplaba las multitudinarias manifestaciones, manos blancas en alto, de tantos y tantos jóvenes, en lo que se llamó el “espíritu de Ermua”, percibía, ciertamente, el rechazo de la violencia terrorista, pero, más allá, también la implantación de un espíritu de confianza en la acción pacífica, respetuosa con la libertad de todos. Percibía el fin definitivo de nuestra Guerra Civil.

No ha sido el siglo xx, ni mucho menos, un siglo perdido, una congelación en el tiempo. Todo ha sido, a la postre, útil: la tiranía nos ha afirmado en la libertad; el totalitarismo en la democracia; los campos de concentración y de exterminio en los derechos del hombre. El mundo nos presenta infinitas estampas abominables en regiones enteras del planeta. Pero la conciencia de que son abominables avanza. Cada vez son menos los indiferentes. Y cada vez nos acercamos un poco más a actuaciones solidarias. Porque cada vez nos sentimos más impacientes ante nuestra lentitud. Los derechos humanos se conculcan cada día. Pero sabemos cada día mejor que esos derechos existen. Y cada día es más universal la conciencia de esa conculcación. Andamos despacio, pero andamos. Jamás se ha resuelto nada sin una previa conciencia, crecientemente penetrante, de que había que resolverlo. Y esa conciencia previa de los derechos de todo hombre se ha producido como nunca en nuestro siglo. Con toda la despiadada violencia de la experiencia rusa y sus secuelas en distintos países, no se oculta que desencadenaron cesiones previsoras en el lado contrario. Hubo que considerar los derechos de los obreros antes que éstos imitaran a los soviéticos.

Conciencia de los derechos de todo hombre. Y avance espectacular en muchos países de la situación de las masas populares. Y, como rasgo que tal vez defina por encima de todos a nuestro siglo que acaba, el salto gigantesco de la posición de la mujer en parte importante de la humanidad.

Es verdad que muchos de nuestros sueños se han hecho trizas: el mañana perfecto que esperábamos, que deberíamos construir para nuestros hijos con nuestro sacrificio, se ha desvanecido. Pero,

pese a todo, no todo se ha perdido. Hemos dado saltos formidables. Nuestra conciencia, en general, se ha abierto a la libertad. Todos llevábamos dentro el “Libertad, ¿para qué?” leninista. Pero ya no pensamos, como en nuestra juventud, que la Verdad y el Bien tienen sus derechos. Sabemos —¡y con cuánto dolor llegamos a aprenderlo!— que sólo los hombres tienen derechos. Y que entre éstos está el de ser cada uno fiel a sí mismo, a su propia y personal conciencia. Nuestro cerebro se ha abierto a la democracia plena, a la democracia sin adjetivos de “un hombre, un voto”, gobierno de la mayoría y respeto a las minorías.

Es cierto que tal vez en esto estemos llegando a una cima política. Aunque no sea verdad que esa cima sea la democracia liberal-capitalista. La democracia se nos ha hecho indiscutible, pero no su adjetivación económica-liberal-capitalista, como quiere Fukuyama. No es cierto, como él sostiene, que con la pugna capitalismo-socialismo se haya llegado al triunfo total del primero sin asomo de conciliación entre ellos. No es cierto, porque el capitalismo, tal como es hoy en los países económicamente avanzados, no se explica sin la acción combativa del socialismo, sobre todo sin la heroica epopeya del movimiento obrero.

¡Qué tremenda la contradicción que se produce al hablar al mismo tiempo de democracia y de Fin de la Historia, de meta alcanzada e insuperable, cuando democracia es siempre posibilidad de cambio, de libertad para cambiar! ¿Cómo es posible que después de tantos siglos de evolución humana alcancemos la colmena?

No estamos en la colmena perfecta y definitiva. La historia va a continuar. Y de cómo concretemos —o mejor: de cómo concreten los que nos sigan— la democracia en bien de todos, dependerá la felicidad de esa cima relativa y siempre superable. Algo que tendrá que venir sin dictadura del mercado ni dictadura del Estado: en armonía de libertad y solidaridad.

II

PERO aún no he empezado. ¿Dónde queda Iberoamérica?

He sido excesivo, pero no quería dejar de trazar un mapa global del siglo xx —por supuesto, subjetivo— para situar sobre el mismo el significado propio del subcontinente iberoamericano.

Pensaba trazar una síntesis de esta aventura humana, zancada a zancada. Lo que me parecía, en principio, no demasiado difícil. Y, a medida que lo he ido intentando, me he quedado más descon-

certado, más insatisfecho. Porque tengo la sensación de que aquello a lo que he dedicado más atención en mi vida, cada día que pasa es de lo que menos sé. Hoy pienso que lo único que verdaderamente conozco del mundo iberoamericano es la resuelta afirmación de su personalidad a lo largo de este siglo, personalidad que comenzó difusa y dispersa. Lo único que verdaderamente sé es que ha producido su propia afirmación, que ha adelantado su presencia indiscutible. Partiendo de aquel angustiado interrogante de Rubén Darío sobre si “¿tantos millones de hombres hablaremos inglés?”, en un tiempo en que era posible, incluso, nuestra desaparición como grupo humano diferenciado, llegamos a saber que estamos, que somos, que tenemos un futuro decisivo como conjunto. Y que ni siquiera Puerto Rico se dobló al inglés.

Iberoamérica cuenta. Y contará vigorosamente en el siglo xxi.

Pero, ¿cómo se ha llegado hasta aquí, hasta el presente iberoamericano? ¿Cómo ha respondido al signo global que llenó nuestro siglo en el mundo, especialmente en Occidente, desde la conmoción que significó la Revolución Mexicana a partir de 1910? Cabe preguntarse, incluso, si ha sido más o menos desgarrada la trayectoria iberoamericana que la europea.

Repaso esta trayectoria, como he venido haciendo en mis clases universitarias, ateniéndome a un esquema de distribución de los distintos movimientos según las sucesivas fases del sistema dependiente que se crea a raíz de la emancipación americana del pasado siglo.

Sintetizo al máximo: el Imperio español en América encerraba una visible contradicción económica, no funcionaba realmente como es habitual en una relación normal metrópoli-colonia. Había incapacidad metropolitana en España y capacidad colonial en América. ¿Cómo podría resolverse esta contradicción? Tres posibilidades se presentaban, al menos en el campo de la teoría: en primer lugar, la conversión de la Península en verdadera metrópoli y de los virreinos en verdaderas colonias. Fue ése el intento borbónico que fracasó, que fue contraproducente, porque ya los territorios españoles del Nuevo Continente retenían la mayor parte del excedente económico. Por otro lado, cabía la posibilidad de alcanzar una independencia respecto de la Corona peninsular a la manera de Estados Unidos: siendo a la vez metrópoli y colonia de sí misma, transformando sus vigorosas artesanías en centros de producción industrial. Y, finalmente, cabía la liberación del dominio es-

pañol —metropolitanamente incapaz para enlazar con una verdadera metrópoli ante la que convertirse en colonia verdadera.

La primera alternativa no era posible. América sería española sólo mientras quisiera. España no tenía fuerza ni para defender su propia integridad peninsular. En cuanto a la segunda o la tercera salidas, todo dependía de los grupos sociales que triunfaran en las luchas emancipadoras. Hubo una primera guerra de independencia popular —indígena o mestiza que fue vencida. Más por la clase criolla local que por la fuerza española. Y hubo una segunda y victoriosa guerra de independencia en la que se impuso la minoría criolla terrateniente. Ella determinó el modelo económico neocolonial primario-exportador. Los Estados se fueron organizando, no para sí sino para otro. Otro que era la Gran Bretaña.

La nueva dependencia va a experimentar una sucesión de fases, según la conveniencia de los nuevos centros de poder.

Hasta los años setenta del siglo XIX se despliega una fase de constitución del sistema. Es, pura y simplemente, una guerra de conquista económica por parte de Inglaterra. Se destruyen todas las resistencias artesanales, la industria se hace imposible por el libre comercio. En Cerro Corá se concluye esta guerra de conquista, con el aplastamiento del modelo no colonial del Paraguay. Curiosamente, en la América del Norte, en Estados Unidos, se había producido un triunfo bélico de sentido enteramente contrario.

La segunda fase comienza en esos años sesenta. El esquema de dominación marcha perfectamente, al menos en la superficie. Hay un centro dominante y unos pueblos dominados. En medio, unas oligarquías locales que ahorran al imperio nuevo los gastos de administración y de ejércitos ocupantes. Pero, además, se añaden nuevos elementos de dominio. La Gran Bretaña puede ya exportar excedentes de capital —entrar en una etapa de plenitud imperialista— y crear empresas capitalistas modernas en sectores de servicios y en la adquisición de fuentes de producción en Iberoamérica. Naturalmente, no para producir en las neocolonias el mismo tipo de desarrollo que en la metrópoli; sólo para aumentar el grado de control económico y el nivel de beneficios. Las empresas son extranjeras, pero en ellas aparecen ahora numerosos proletarios. Y estos proletarios son, también, extranjeros en su mayoría, inmigrantes, especialmente europeos de países latinos.

En la superficie las cosas marchan bien. Se exportan productos primarios y se importan manufacturas. Algún país, como Argentina, puede presumir, con los pies de barro, de la solidez de su economía.

La Revolución Mexicana anterior a la rusa— se produce sin minoría dirigente visible, sin ideología perfilada. Respondía a una rabia popular contenida que aspiraba, por un lado, a la reconquista de la tierra, y por otro a la pureza democrática. Lamentablemente, la lucha social que simbolizaba Zapata no se ajustó a la línea política que simbolizaba Madero. Para uno no podrá haber democracia sin previa reforma agraria. Para otro, la democracia es la puerta para una progresiva distribución de la tierra. Hay desentendimiento. Y sangre. Y la imposición de una tercera línea, impura, personalista, que representa Carranza, que es la que va a definir en principio al régimen revolucionario. La Constitución de 1917 queda en el marco democrático, y es más avanzada en materia social de lo que Carranza hubiera querido.

Un sistema de impurezas, de limitaciones democráticas en materia de sufragio, de lentitudes en la distribución de la tierra, de breves intentos de una transformación cultural profunda —con Vasconcelos—, de desvíos de la Revolución hacia el extremismo anticatólico —bajo Calles—, acaban dando paso a la presidencia de Lázaro Cárdenas, que es quien va a concretar por muchos años el sistema político mexicano. Alguno de sus ministros habla de la aspiración de Cárdenas a llegar a la “dictadura del proletariado”; pero es sólo una frase: lo que queda establecido no es un sistema de partido único sino de “partido preponderante”. No se discute teóricamente la democracia.

La Revolución Mexicana ni distribuye inmediatamente la tierra a los campesinos, ni establece el sufragio efectivo. Pero, con todo, en el aspecto agrario pone en marcha en toda Iberoamérica una corriente progresiva que invierte los términos de la cuestión establecidos en el siglo xix. Se redescubre la tesis patrimonialista de la monarquía hispana sobre la tierra, el agua y el subsuelo. Y, en el aspecto político, define un régimen que, aunque tantas veces incumplido, inclina la cerviz ante la forma democrática y huye de toda proclamación totalitaria.

Son huellas indelebles en el tejido iberoamericano. Pero hay algo más. El significado más profundo de la Revolución Mexicana para toda la América indohispana, el que abre la nueva historia, es el descubrimiento de la identidad escondida que reside en la naturaleza mestiza como nuestra propia utopía para edificar el futuro. Lo que había sido intuido por personalidades aisladas, ahora se va haciendo sentido de pueblos enteros. No importa que las luchas de indigenistas y malinchistas se produzcan con violencia.

La resultante que va quedando, y extendiéndose por todo el subcontinente, es la que refleja la lápida integradora de la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, ciudad de México.

Escribe Leopoldo Zea: "Con la Revolución, el mexicano puede descubrir una serie de facetas de la realidad que antes le habían permanecido ocultas. Un mundo ancestral brota como por encanto, rompiendo el mundo acartonado y ridículo que el porfirismo se había empeñado en traer a México".

III

Y aquí, sobre esta Revolución Mexicana, sobre el fondo de la guerra europea y bajo las consecuencias de la Revolución Rusa, va a iniciarse una tercera fase de la dependencia, en la que, como tantas veces, fórmulas del Viejo Mundo se van a intentar radicar en Iberoamérica, con los movimientos que gusto llamar *vertebradores*.

La Revolución Mexicana, a partir de 1914, demuestra la posibilidad revolucionaria popular de destruir al ejército de la dictadura. La guerra europea, por su parte, traslada el centro de dominación imperial de la Gran Bretaña a Estados Unidos. Y la Revolución Rusa crea un nuevo modelo revolucionario de conquista del Estado y de edificación desde éste de un nuevo orden.

La Revolución Mexicana demuestra cómo puede lucharse eficazmente contra el orden dependiente e injusto. La llegada de Estados Unidos al puesto de principal centro de dominación de Iberoamérica —añadamos lo que para ello va a significar la apertura del Canal de Panamá— con sus brutales y constantes métodos de intervención armada, proporciona a aquella lucha un nuevo carácter antiimperialista y antinorteamericano. La Revolución Rusa, por su parte, muestra la eficacia del método leninista: la minoría de sabios férreamente disciplinada en la ciencia de la revolución y el socialismo. Con ella cae sobre Iberoamérica la filosofía de las minorías redentoras, mesiánicas, vertebradoras. Y numerosos universitarios de las clases medias se autoerigen en esa minoría redentora. Ellos saben, y ellos enseñarán al pueblo. El punto de arranque es la Reforma Universitaria de la Córdoba argentina en —fijémonos en la fecha— 1918.

Junto a las cuestiones internas —autonomía, cogobierno, apertura social— la Reforma Universitaria tiene sentido de su dimensión americana: predica —tras la huella de Manuel Ugarte— la unión de América Latina, el antiimperialismo y el socialismo. Tres

banderas que se desplegarán por todo el subcontinente. Los partidos comunistas asumen dos de ellas: el antiimperialismo y el socialismo. No la de la unidad. Los partidos nacionalistas, católicos, hispánicos, prefascistas, asumen también dos de ellas: esta vez el antiimperialismo y la unidad. Naturalmente, no la del socialismo. El APRA va a asumir enteramente las tres, como se plantea en su programa máximo de cinco puntos.

Éstos son los movimientos vertebradores de la época, alimentados en fuentes europeas. Revolucionarios, aunque con objetivos distintos. Doctrinalmente elaborados. Didácticos, no demagógicos. Organizados en milicias disciplinadas. Pretenden conquistar el poder, pero ninguno va a conseguirlo. Todos sus conatos —comunistas, nacionalistas, apristas— fracasan. Fracasan, pero dejan profundas huellas en los pueblos: por la lucha contra la dominación exterior, por la elevación de los sectores populares o por la unidad latinoamericana.

VIENE después la Gran Depresión, a partir de octubre de 1929, y entramos en una cuarta fase.

La Gran Depresión conlleva el hecho de que las grandes potencias importadoras de productos primarios reducen drásticamente sus compras, con lo que economías como las iberoamericanas, que viven de este comercio, vislumbran la catástrofe. Disminuyen las cantidades que se exportan, y descienden, consecuentemente, los precios a los que se exporta. Se deteriora brutalmente la relación de intercambio, del quinquenio anterior al quinquenio siguiente, en un tercio.

Ingresa un tercio menos de divisas. Las manufacturas que se compraban han de ser producidas dentro. Es lo que se ha llamado “industrialización por sustitución de importaciones”. Se expande la burguesía nacional, que produce para el mercado interior, frente a la oligarquía que producía para la exportación. Y crece, lógicamente, el proletariado urbano.

Poco más tarde se produce la segunda Guerra Mundial, que se universaliza en 1941. Las fuentes de manufacturas para la importación se cierran, pues las potencias industriales se concentran en el esfuerzo de producción para la guerra. Y, además, éstas precisan mayores cantidades de materias primas. Así pues: se vende más y se compra menos. Se acumulan fuertes reservas de divisas

en los países iberoamericanos. Sobre esta riqueza coyuntural se pueden asentar alianzas temporales entre burguesía nacional y proletariado nacional. Un proletariado que ya no es procedente de la inmigración, sino del campo interior. Es posible beneficiar a un tiempo las dos clases, mientras la oligarquía tradicional queda al margen. Así surgen los movimientos típicos de la época, pero concretamente de la época iberoamericana, no de la europea. Cualquiera intento de considerarlos bajo la misma óptica europea los desenfoca y deforma. Aunque esto sea lo más frecuente. Son los movimientos populistas. Aparece el varguismo en Brasil, el cardenismo en México, el peronismo en Argentina, y también aparecen en países de desarrollo relativamente menor, en Guatemala con Arbenz y en Bolivia con Villaroel.

Casi siempre estos movimientos personalistas están encabezados por militares nacionalistas. A diferencia de los vertebradores de la época anterior, son ideológicamente confusos, atentos a los discursos del jefe en cada circunstancia. Son demagógicos, no didácticos. Se sostienen como organizaciones gregarias, no jerárquicas —hay un dirigente y sus masas. Y nacen desde el poder, no desde la calles para conquistarlo. Destacable es que, frente a aquellos movimientos vertebradores que les preceden, los populistas no son revolucionarios: son reformistas, aunque el término “revolución” se use constantemente. Son reformistas, pero la reforma sí la hacen. Realmente, sin salirse del sistema económico, elevan a las masas y les proporcionan acceso al plano político.

El populismo iberoamericano, insisto, escapa a la comprensión eurocéntrica. Tómese, por ejemplo, el más conocido de estos movimientos: el peronismo. No cabe otra interpretación que la del coronel demagogo que eleva su poder sobre la base de la estupidez general del proletariado argentino. Sólo así pudo pervivir su imagen y recuperar la presidencia. Pero la realidad fue que la participación de los salarios en la renta nacional pasó de 40% a 60% en números redondos. No hubo más. Ninguna revolución. Pero fue bastante. Y los obreros argentinos no son tan estúpidos como piensan los intelectuales europeos o norteamericanos.

V

SIN embargo, la oportunidad de los populismos pasó. Tras la segunda Guerra Mundial y finalizada la Guerra de Corea, las circunstancias económicas volvieron a su cauce. Ya no había riqueza

con la que satisfacer a la vez a la burguesía nacional y al proletariado. Había que elegir: o se optaba por una profundización social del cambio, más o menos revolucionaria, o se hacían predominar los intereses de la burguesía, una burguesía que iba dejando de ser nacional para convertirse en dependiente. El propio peronismo opta por esta segunda vía y empieza a apretar el cinturón de los obreros. Aunque la impaciencia de la oligarquía —intacta— no permite su caída natural, le defenestra y, con una política implacable de regresión social y de persecución sindical, hace que el mito de Perón resucite.

Nace una nueva fase, en que Iberoamérica se escinde en dos partes, viviendo en una guerra civil de todo el subcontinente. A las experiencias revolucionarias se oponen la experiencias contrarrevolucionarias. Y éstas —dado el grado de conciencia popular propicia a los cambios profundos— han de optar por la vía dictatorial, porque sus planteamientos perderían necesariamente las elecciones.

En el campo revolucionario comienza la experiencia de Bolivia, con el triunfo del MNR en abril de 1952. Para mí, una revolución extraordinaria, habitualmente desconocida y menospreciada porque no se colocó bajo el menor manto protector del marxismo-leninismo. ¿Se puede dar algo más injusto, más tergiversador de la verdad, más irracional, que la exaltación, incluso por muchos bolivianos, de la figura —que yo respeto profundamente— del Che Guevara junto al ninguneo de la de Hernán Siles? Siles significó la dirección sobre el terreno, desde la calle, en la clandestinidad, del empuje que derrotó a las Fuerzas Armadas de la “rosca” boliviana. Siles significó la reforma agraria, tal como la pedían los campesinos y no como la querían los ideólogos. Una reforma agraria que convirtió a los indígenas, de parte del paisaje, en parte de la historia y de la economía. Y Siles significó el encauzamiento de Bolivia por la vía democrática: ¡algo absolutamente milagroso!

A su lado ¿qué significó para Bolivia la imposible aventura —casi un suicidio— de Ernesto Guevara? Pero así son las cosas. Si no te definías como marxista, desaparecías. ¡Y cuántos “desaparecidos” de este tipo ha originado la dogmática marxista! Con toda la utilidad que, sin dogmatismos y ortodoxias, puede extraerse de la aportación marxiana. La demagogia sindical de Lechín y la ambición personalista de Paz Estenssoro frustraron mucho del proceso boliviano. Pero, de cualquier forma, la revolución boliviana nunca cayó en la pretensión de crear un Estado totalitario,

por más que en sus primeros años —por cierto, con la protesta de Siles— cometiera atropellos repudiables.

Años más tarde nos llegó la Revolución Cubana. Fue, en principio, la revolución de todos, la que abría la esperanza de una renovación para toda nuestra América. No nos dimos cuenta de que aquel barbudo de Sierra Maestra, Fidel Castro, encerraba un dictador nato, y un dictador gallego, que no soltaría ni debilitaría su poder sino con la muerte. ¡Qué vidas paralelas podrían escribirse con la de Franco y la de Castro —uno en la derecha y otro en la izquierda—, con sus procesos de unificación para retener el poder absoluto, con sus “acompañamientos coreográficos”, con sus “cercos internacionales” para justificar la moral de castillo sitiado, con sus figuras míticas justificadoras pero burladas de José Antonio y del Che, con sus persecuciones de sus propios compañeros de la primera hora, con sus resistencias inmovibles pese a la caída de los suyos en el mundo! Aunque, hay que decirlo: como en su economía el gallego español intervenía pero no negaba la libertad, y propició el famoso “despegue”, el gallego cubano, empresario único de la isla de Cuba, llevó a la economía del país de error en error, de capricho en capricho, a una situación de desastre.

Pero, en fin, ahí tenemos aún el régimen de la Cuba castrista como único fiel al modelo vertebrador de los años veinte. Su me-sianismo le llevó a empresas descomunales para la dimensión de la Isla en todo el mundo, especialmente en los países de lengua española o portuguesa. Practicó una especie de “hispanidad marxista”. Y realizó visibles hazañas sociales en sanidad y en educación. Pero sus tozudeces económicas invalidaron gran parte de esas conquistas, volviendo a una República que pone sus esperanzas en el turismo de los ricos.

De todas formas, su desafío ante el coloso norteamericano es lo que todavía levanta internacionalmente un eco de la vieja simpatía. Para los ortodoxos no es muy digerible que lo que quede de la Revolución Cubana —y lo que levante más adhesiones en el interior— sea en primer lugar el “patria o muerte” de los comienzos. Me refiero a los ortodoxos de “los obreros no tienen patria”.

Volviendo al 59: Cuba se convirtió de golpe en el gran modelo. Ahora, la “vanguardia”, la minoría vertebradora, no era el Partido sino la guerrilla, el Ejército de Liberación. Fue la “revolución en la revolución” que teorizó Régis Debray. Proliferaron por todas partes esas minorías, esencialmente universitarias, e incluso algunas iniciadas por militares rebeldes, para emular el ejemplo cubano.

Sólo mucho más tarde, en el caso nicaragüense, se hicieron con el poder. En los demás lograron, por un lado, el sacrificio y la muerte de grupos de jóvenes entusiastas y generosos, y, por otro, la radicalización hasta extremos criminales de la contrainsurgencia que los combatió.

La Revolución Cubana, dejemos constancia de ello, provocó también una profunda conmoción en el seno de la Iglesia católica iberoamericana que, en unión con el nuevo talante del Concilio Vaticano II, llevó a muchos a la Teología de la Liberación. “Útil y necesaria”, como la calificó el Papa en su momento, siempre que no se deslizara, como en tantos casos, hacia la exaltación de la vía armada como la única estrategia —el derecho al “tiranicidio” contra el sistema y no ya contra el “tirano” individual—, y a la entrega al marxismo del liderazgo en el campo.

Vinieron otras experiencias diferentes de cambios profundos e importantes. ¿Se las puede llamar revolucionarias? A mí me parece que nunca se produce —se ha producido— una revolución completa y satisfactoria. Pero me basta con que se produzcan avances reales, aunque sean parciales. Mejor es adelantar un pie primero y otro después, que los dos a la vez. Y todas esas experiencias han tenido algo o mucho de revolución positiva.

En Chile fue precisamente la Democracia Cristiana la que inició los cambios, la que se atrevió a comenzar la reforma agraria, y la que puso en práctica también una previa “chilenización” del cobre. La Unidad Popular de Allende profundizó esos cambios: aceleró la reforma agraria y nacionalizó el cobre. La idea era positiva, muy diferente de la del modelo vertebrador: producir los cambios sociales hondos sin destruir el sistema constitucional democrático. Claro que Allende no acertó a contener movimientos que podríamos llamar “miristas” —el MIR no creía en la posibilidad democrática— en su acción de gobierno. Se olvidó que había sido elegido presidente por el acuerdo con la Democracia Cristiana y que más le valdría entenderse con los sectores avanzados de ésta —que eran mayoría— que con los de la izquierda no democrática, algunos de su propio partido. Se llegó así a que el Parlamento declarase que su acción de gobierno se había salido de la legalidad. Si el golpe militar que siguió hubiera dado lugar a inmediatas elecciones libres, hubiera sido un hecho discutible —y yo lo discutiría—, pero no traumático. Lo traumático fue el río de sangre, de torturas, de horror, que acompañó a la dictadura de Pinochet.

También se produce el fenómeno singular de la acción militar nacionalista del Perú, con Velasco Alvarado. Su gestión es socialmente avanzada, con reforma agraria y “comunidad industrial”. Aunque la mayor parte de la izquierda no es partidaria de esta acción porque escapa de sus esquemas, prejuicios y ortodoxias.

Y, finalmente, Nicaragua. Hay elementos nuevos: no existe un jefe carismático y único. Se ha de suplir con la lejana figura de Sandino. Hay pluralidad de fuerzas concurrentes. Hay presencia decisiva de cristianos, incluso de sacerdotes. Hay también notables errores y fenómenos de corrupción. Y, junto a ello, un clima de libertad interior que no se respira en Cuba. Y hay, por último, algo singular y que estimo marca el comienzo de una nueva época, algo que se desmarca definitivamente del modelo “vertebrador”: no pasan de “democracia”; convocan elecciones libres, las pierden y entregan el poder.

Tal vez no nos hemos detenido a pensar lo que esto significa. No hemos reflexionado lo suficiente en lo que ello comporta de cambio de signo histórico. Nicaragua, la Nicaragua de la Revolución Sandinista, es más fiel a la naturaleza iberoamericana que la Cuba castrista. Es algo singularmente importante. En Europa no se ha vivido algo así. Ningún régimen revolucionario se dejó derrocar en elecciones libres. Si acabaron fue por la fuerza, por la violencia de los contrarios.

Al tiempo de estos movimientos se instalan en esta fase, enfrentados con ellos, los regímenes dictatoriales cimentados en la doctrina de Seguridad Nacional, según la cual el enemigo no es el exterior sino el interior. Brasil, en 1964, es el punto de partida. Cortan la rebelión social, pero al precio del terror. Una “noche oscura” se abate sobre casi todo el subcontinente. Consiguen, a veces, cambios positivos en la economía, pero normalmente sobre arenas movedizas. Cuando la economía mundial entra en una nueva crisis, ellos pagan las peores consecuencias. Las dictaduras militares —con excepción de la chilena— acaban con un balance económico de desastre.

I'

Tras todo ello se ha desarrollado la Guerra Fría —iniciada dos años después del final de la segunda Guerra Mundial, con la aceptación o el rechazo del Plan Marshall, en 1947—, Guerra Fría que trata de convertir en peones de uno u otro sector a todos los países

iberoamericanos, y que está a punto de costar otra guerra mundial con la Crisis de los Misiles en 1962. Y que se supera con el hundimiento repentino del bloque soviético: triunfo de la rebelión obrera —¿quién lo había de decir!— en Polonia, la caída del muro de Berlín en 1989. Y el fin de la misma URSS en 1991.

Y paralelamente, a lo largo de bastantes años, se ha ido produciendo un cambio en la mecánica de dominación económica internacional, que pasa, de ser ejercida por grandes potencias, a ser ejercida por grandes compañías trasnacionales, con la fecha simbólica de 1973, en que se crea la Comisión Trilateral, o gran “coordinadora mundial” de las mayores trasnacionales.

Todo ello tiene su trascendencia, lógicamente, en el subcontinente iberoamericano. Quedaron lejos los tiempos de los primeros movimientos vertebradores, igualmente los de los movimientos populistas —aunque el término “populista” se siga utilizando en todo momento, sin precisión alguna. Y, progresivamente, van perdiendo vigencia los movimientos revolucionarios de aspiraciones mesiánicas. El hecho de Cuba no parece exportable. ¿Cómo la URSS podría sostener económicamente una revolución de modelo castrista en Brasil como lo hacía con la pequeña Cuba? Los restos guerrilleros, abocados crecientemente a procesos de pacificación, son reminiscencias del pasado, por más que, como en Colombia o Perú, puedan seguir dificultando o impidiendo la verdadera existencia de un Estado organizado. La experiencia de Chiapas, en México, no se atiene al viejo esquema: no se trata de conquistar el poder, sólo trata —según dice— de doblegar el poder del PRI para la evolución hacia una democracia verdadera.

En las últimas décadas, los países iberoamericanos recuperan los sistemas democráticos. Con todos los defectos que se quieran, el proceso es positivo en términos generales, es esperanzador. La misma OEA, superadas con el fin de la Guerra Fría las complacencias norteamericanas hacia las dictaduras anticomunistas, llega a la adopción en Santiago de Chile, en 1991, de la Resolución 1 080, que establece el derecho y la obligación de todos los países de América a una especie de “intervención blanda” en cualquiera de ellos en que la democracia se haya visto conculcada. Y así se practica en Perú, en Guatemala y en Paraguay, para restablecerla.

Además se llega a la destitución, por vías democráticas, de presidentes en ejercicio: como en Brasil, Venezuela y Ecuador. Y se produce —ya he aludido a ello— el fenómeno increíble de un régimen revolucionario como el sandinista en Nicaragua, que pone

en juego su continuidad en elecciones libres, las pierde y entrega el poder. Hecho, insisto, de formidable interés como síntoma.

Nunca ha existido tanta democracia en América. En la década de los ochenta, con hundimiento económico: un PIB por habitante 10% inferior en 1990 al de 1980. Pero en lo que va de la década presente, también con un crecimiento económico: según el último informe de la CEPAL un incremento medio anual entre 1991 y 1997 de 3.5%, lo que significó un crecimiento medio anual del PIB por habitante de 1.8%.

Buenos resultados macroeconómicos. Y buenos resultados, podríamos decir, macropolíticos. Lamentablemente, no así sociales. La Iberoamérica cada día más democrática y cada día más rica, es también cada día más injusta. Cada día se distribuye peor la riqueza. La América indohispana, que es en su conjunto una especie de clase media internacional, frente a países ricos y países pobres extremos, muestra en su interior los desequilibrios sociales más agudos de la tierra.

Ni la creciente democracia, ni la creciente superación económica consiguen atenuar el problema. El desequilibrio sigue aumentando. ¿Cómo es posible que esto sea así, cuando los gobiernos han pasado oficialmente a estar en manos de los pueblos, a través de sus libres procesos electorales?

Es posible porque la globalización económica margina a los pueblos de las decisiones más importantes. Ni los dictadores de antes ni los gobernantes democráticos de ahora decidían o deciden nada de lo esencial. Las verdaderas tomas de decisión estaban y están por encima de ellos. Y los mecanismos que se imponen significan, necesariamente, ciertos sacrificios para los sectores populares. La deuda social que con esto se contrae, al reducir los gastos sociales, es lo que permite pagar la deuda externa. Y, de paso, incrementar los beneficios de los sectores poderosos. No son palabras de demagogos en las tribunas: son cifras aportadas cada año por informes oficiales, como los de la CEPAL.

El resultado es que retroceden las atenciones sociales, que bajan los salarios, que se ahonda la brecha entre ricos y pobres. Y, por otra parte, se pierde la esperanza en la grandiosa revolución y también, sensiblemente, en las más modestas soluciones que puedan aportar los partidos políticos tradicionales.

Los pueblos se refugian cada vez más intensamente en movimientos populares de base, fuera de los esquemas anteriores. En movimientos urbanos, campesinos, indígenas, femeninos, que son

la respuesta más viva y esperanzadora de la fase actual. A veces estallan en “puebladas” de irritación colectiva —“caracazos”, “santiagueñosos” etc.— o en el zapatismo de Chiapas. Pero no se trata de destruir la democracia para erigir una dictadura salvadora: se trata de que la democracia se amplíe y profundice, con nuevos caminos de participación popular, rompiendo el monopolio pero no la existencia de los viejos partidos.

A veces, también, su desencanto por las organizaciones políticas tradicionales, de derecha o de izquierda, les hacen confiar en nuevos líderes populares —“populistas” se les viene llamando—, con frecuencia del ala nacionalista popular.

VII

COMIENZO a concluir este recorrido histórico con una reflexión, tal vez excesivamente subjetiva, nacida del contraste entre el curso europeo y el curso iberoamericano en este siglo que concluye.

Pese a todas sus convulsiones, luchas intestinas y dictaduras crueles, el mundo iberoamericano —o, si se quiere, todo el mundo americano— es más consustancialmente democrático que el europeo.

La locura mesiánica prendió menos en América que en el viejo continente, y nunca llegaron los americanos a los extremos de la barbarie exterminadora a que llegaron los europeos. Incluso las dictaduras iberoamericanas rindieron siempre culto teórico al ideal democrático. Sus manos de hierro eran “instrumentos de transición” para una mañana de libertad democrática. Eso decían, al menos. Al menos, lo decían, en medio de sus horrores. Salvo en el caso cubano, atendido a la formulación leninista.

Al otro lado del Atlántico, Italia, Portugal, Alemania, España y al este la URSS, se sumergieron en mundos de cerrado totalitarismo. Con la segunda Guerra Mundial, salvo la Gran Bretaña, Europa es casi enteramente territorio perdido para la libertad. ¡Qué desoladamente se contempla desde América, tierra de exiliados, el panorama europeo en los años 40, 41 y 42!

Tantas veces decimos, despreciativamente, “repúblicas bananeras”, ¡iberoamericanas! Pero no es mucho más negativo el concepto de “potencias totalitarias” europeas.

Por dictaduras y dictaduras que se hayan dado en Iberoamérica, los iberoamericanos resistieron siempre mucho mejor: en su intimidad el embate totalitario que los europeos.

DEBO concluir, debía hace largo rato.

Insisto en que el alma iberoamericana —latinoamericana o americana en general—, pese a todas las apariencias, se da un ansia de libertad como en pocas partes. Ya lo señalaba Cecil Jaine para la “América Hispana” hace largos años.

Este gusto por la libertad ha de concretarse en democracia política: gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Y yo diría que el reto actual más grave para la democracia iberoamericana no viene ya del interior de ella misma, de sus grupos o fuerzas antidemocráticas. El desafío esencial viene desde fuera.

No hace mucho, el ex presidente chileno Patricio Aylwin escribía:

¿Hasta qué punto la realidad económica imperante, caracterizada por el imperio del mercado en un mundo globalizado, es compatible con la democracia? Ciertamente que ambas se fundan en el reconocimiento de la libertad. Pero, ¿de qué sirve la libertad ciudadana cuando carece de poder para influir en las grandes decisiones? Si la democracia es el “gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo”, cómo se ejerce con respecto de las grandes decisiones económicas que residen en pequeños pero poderosos grupos financieros supranacionales?

A mí me parece, personalmente, que en este terreno ha de darse la gran batalla. Quiero creer y creo que Iberoamérica tiene capacidades sobradas para dar una respuesta con acierto, no ciertamente ahora mismo, pero no dentro de mucho tiempo. Porque su naturaleza mestiza la hace especialmente apta para llegar a soluciones síntesis, superadoras, integradoras de libertad y solidaridad.

Yo creo que el destino iberoamericano, ya en el siglo XXI, va a ser superior al europeo. Y apasionadamente quisiera que España, colocada ahora entre ambos, se atuviera más a la razón de su ser iberoamericano que a la de su estar en Europa.